

de unir las artes del tiempo (poesía, música) con las del espacio (pintura, imaginaria, arquitectura)» (121). El resultado es una teología del arte —que podríamos llamar «liturgia ascendente»— en la que se ven las aportaciones al acontecimiento litúrgico de la poesía y la música, del arte de narrar y de la pintura, y sobre todo del teatro. Sin embargo, esta liturgia ascendente necesitaría ser completada de un modo más explícito con una «liturgia descendente», con una teología litúrgica —tan solo esbozada en el libro— que vincule todos estos loables hechos humanos con la acción cristológica y trinitaria que se da en el acontecimiento pascual.

Pablo Blanco

José MORALES, *El valor distinto de las religiones*, Rialp, Madrid 2003, 12 x 19, 206 pp., ISBN 84-321-3465-1.

Después de haber publicado varios libros sobre las religiones, como *El Islam* (2001) o *Teología de las religiones* (2001), José Morales aborda de nuevo el tema con un libro cuyo título lo dice todo. En la portada figura una fotografía de la Jornada interreligiosa por la paz en Asís, en el ya lejano 1986. En ella aparecen los hábitos solemnes y oscuros de los miembros de las confesiones cristianas situados a la derecha de la figura vestida de blanco de Juan Pablo II, mientras al otro lado destacan las vestimentas multicolores de los componentes de otras religiones, asiáticas sobre todo. Esta imagen resume muy bien el contenido de estas páginas, escritas en un estilo claro y sintético.

El autor pretende hacer frente a la idea, bastante generalizada, de la indiferencia e idéntico valor de todas las religiones. «En términos más populares y sencillos se afirmará que lo importante

para el hombre y la mujer es ser buenos y comportarse bien, y que esa meta puede conseguirse en cualquier religión» (11). Lo que es una evidencia a todas luces admite, sin embargo, algunos matices, seguirá diciendo. En efecto, después de hacer un breve recorrido por la historia y la fenomenología de las religiones, extrae una serie de consecuencias. «Debe afirmarse, por el contrario, que existen diferencias externas y de orden empírico, que aparte de consideraciones doctrinales que pudieran invocarse, implican y traducen diferencias esenciales de fondo. Las religiones de la humanidad pueden cumplir algunas funciones análogas, pero no equivalentes ni en los fines que realmente se proponen, ni en los caminos que enseñan para conseguirlos, ni en la certeza que inspiran acerca de su consecución. Las religiones no son iguales. Se asemejan a los alimentos en buen estado. Todos pueden nutrir al hombre, pero no todos poseen la misma calidad ni producen los mismos efectos benéficos, con la misma intensidad y en el mismo grado» (12).

De este modo, comienza su análisis partiendo de una descripción general de tres grandes religiones: budismo, confucianismo e islam. En las dos primeras, descubrirá sobre todo una ética y una filosofía del hombre; en el islamismo resaltarán su carácter de religión política y de sistema rígido de creencias. Abordará también la llamada «religión civil», en la que se promoverá sobre todo una serie de fines políticos y terrenos, que muchas veces se confundirá con el nacionalismo o los distintos mesianismos políticos. A partir de este momento se ocupará de los hechos diferenciales. En primer lugar, las religiones no quieren confundirse con otras y, en concreto, también el cristianismo quiere distinguirse de todas las demás credos religiosos. «La religión cristiana

se presenta de modo muy distinto a las demás religiones. Para diferenciarla de éstas no le hace falta al creyente invocar inmediatamente y en primer lugar a la Revelación [...]. Le basta examinar inicialmente con discernimiento, racionalidad, y atención a la historia, un conjunto de características del cristianismo que son dignas de análisis por sí mismas» (96-97). Así, irá describiendo esas claras diferencias: el sentido de la Creación, el valor de la historia, la importancia de la razón o la valoración del hecho de la secularización serán algunos de estos rasgos diferenciales.

Para el cristianismo, el mundo ha sido creado por un Dios trascendente, lo cual otorga a lo creado un valor positivo pero no definitivo. No es eterno y lo profano se diferencia de lo divino, a la vez que pedirá un respeto ecológico de las realidades creadas y promoverá una decidida y prudente apertura al mundo. En la historia se averiguará también un sentido positivo del progreso, entre otras razones porque en ese mismo decurso humano Dios ha querido entrar con los acontecimientos de la revelación y la encarnación. En el cristianismo se encontrarán de igual modo —a diferencia de otras religiones— la fe y la razón, el misterio y la racionalidad, el *dabar* hebreo y el *logos* griego. Por último, se afirma que, en los procesos de secularización y desmitificación, se presentan tanto aspectos negativos como positivos.

De modo que el Dios de los cristianos es muy diferente del Dios propuesto por otras religiones y, como consecuencia, las llamadas tres religiones monoteístas —islam, judaísmo, cristianismo— presentarán también enormes diferencias entre ellas. El sincretismo acrítico será por tanto una postura que desconoce la realidad. «Estas posturas, que tienen mucho de encomiable, adolecen, sin embargo, de tendencia sincré-

tica, y despojan al cristianismo de las notas que lo destacan cualitativamente entre las religiones. Lo mezclan, con buena voluntad, con doctrinas y vivencias religiosas dignas de respeto, pero no comprobadas en su autenticidad divina. El cristianismo nunca puede entrar a formar parte de un conjunto a modo de un sumando entre otros» (194-195). La religión cristiana siempre se ha presentado como una religión nueva y diferente, en la que el protagonismo de Dios ha sido netamente mayor que en otras. «Las religiones pueden ayudar a los cristianos, por afinidad o por contraste, a entender y vivir mejor su propia religión, a la vez que suponen que la Providencia divina contempla a todas las religiones como abiertas y porosas al cristianismo, e influidas por éste. Las religiones cumplen así, en muchos casos, una función de estímulo para los cristianos» (202).

Se trata, en definitiva, de un libro clarificador y de una breve síntesis y diagnóstico sobre el estado actual de las religiones: una buena brújula para internarse en ese inmenso océano.

Pablo Blanco

Michael J. MULLANEY, *Incardination and the universal dimension of the Priestly Ministry. A comparison between CIC 17 and CIC 83*, Pont. Univ. Gregoriana, Roma 2002, 276 pp., 17 x 24, ISBN 88-7652-938-1.

El libro, con el formato habitual de una investigación para la obtención del Grado de Doctor, indaga diversos aspectos del instituto jurídico de la incardinación, bajo la perspectiva que da título al volumen: la dimensión universal del ministerio de los presbíteros. El autor organiza el tema en cinco grandes capítulos.